

MARTÍN KOHAN
RICARDO COHEN

DESDE LA BOCA

Cuando lo extraordinario
se vuelve normal

Seix Barral

The background of the cover is a dark, almost black, space filled with a dense, chaotic spray of fine particles. The particles are primarily blue and yellow, with some white highlights, creating a sense of movement and energy. The overall effect is reminiscent of a splash of paint or a burst of light, with the colors blending and overlapping in a complex, organic pattern.

Martín Kohan
Ricardo Cohen
Desde La Boca

**Cuando lo extraordinario
se vuelve normal**

Colaboró en la investigación: Camilo Cohen

ES LA BANDERA

El barco acaba de traspasar el río, que es falso río. Ya llega hasta esa parte en la que empieza a transformarse en mar. A las puertas de la ciudad que es, por así decir, su destino, se detiene a oscilar en la espera de que lo autoricen a entrar. Vista desde el agua, esa ciudad luce quieta, apaciguada; y es esa imagen, o esa sugestión, lo que parece dar la impresión de que la esperada autorización se demora. Pero es más que una impresión, la demora existe de veras. Tan cierta como la ansiedad que de inmediato provoca.

La entrada al puerto es como una especie de umbral que deja suspendido al barco en un trance de inminencia. ¿Y? ¿Qué pasa que no entramos? Llegaron pero no llegaron, no terminan de llegar. ¿De dónde vienen? De Buenos Aires. ¿Y adónde llegan? A Montevideo. Este cruce (cruce de río, de charco, de mar dulce, de estuario) se volvió tan típico a lo largo del tiempo, cuenta ya con una historia tan larga, que es en sí mismo una tradición. Cada cruce cita a los otros, los precedentes; el cruce de la primera generación de unitarios, el de Esteban Echeverría después, el cruce de los exilios, luego el cruce de los veraneantes, incluso el cruce de los evasores, o el cruce alentado por un hábito de devoción oriental.

Al puerto de Montevideo llega un barco de Buenos Aires: ¿hay algo más reconocible, acaso, que esto que ahora mismo sucede? Probablemente no; y sin embargo, algo (no se sabe qué) está trabando el desenlace del viaje. El barco quieto en el agua quieta, delante de la ciudad también quieta. Lo que bulle en movimiento son los centenares de pasajeros que el barco trae, ganados todos por una misma euforia, agitados

por una expectativa en común. ¿Y? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa que no entramos? Montevideo les ofrece en principio ese aire de tiempo pasado que la hace incomparable, pero ellos vienen, y en multitud, por algo que aún no ocurrió, por algo que está por venir.

Desde el puerto ven el barco y reciben su pedido de entrada. Ya saben de dónde viene, ya saben de qué barco se trata. Y sin embargo, se miran perplejos, no saben muy bien qué hacer. Los pasos a seguir los conocen, pero hay algo que los desconcierta. La bandera del barco, ¿cuál es? Es decir, ¿a qué país corresponde? ¿Qué Estado Nacional la detenta? Se asemeja a la que esperaban, la celeste y blanca habitual, la que allá, en el país de enfrente, se saluda cantando “Aurora”, o esa otra canción patria, la que dice “idolatrada”. Se asemeja, pero no es. Luce también “alta en el cielo”, eso está claro; y está claro que se la idolatra. Pero no alcanzan a definir cuál es la nación que simboliza con sus hermosos colores así dispuestos; y entonces, en razón de los protocolos inmigratorios vigentes, no se deciden a autorizar el ingreso del barco al puerto.

Hasta que, por fin, alguien comprende y explica: esa bandera no es la bandera de ningún país, de ninguna nación, de ningún Estado; esa bandera es la bandera de algo más grande que cualquier país, cualquier nación, cualquier Estado; esa bandera es la bandera de un pueblo que trasciende los espacios y las fronteras asignados convencionalmente a los pueblos, es la bandera con la que lo popular alcanza una dimensión inaudita, más potente, más cabal, más intensa, más certera. ¿Y entonces? Entonces qué: hay que dar entrada al barco. Que el barco que, desde Buenos Aires, traspasó el río y llegó a Montevideo, entre por fin, atraque por fin, amarre por fin. Alguien arreó la bandera de origen, para izar en su lugar esta otra. Pero está bien que el barco ingrese al puerto, hay que darle autorización.

Así se dice y así se hace. Termina la espera y el barco entra a Montevideo, se arrima al muelle asignado, atraca por fin, amarra por fin. Se disponen las rampas de acceso y por ellas, incontables, desembarcan, vibrantes, los hinchas en masa. Se los verá a continuación en las calles, en las plazas, en los bares de la ciudad, a manera de

invasión festiva. Es septiembre de 1977. En la noche del día 14, habrá un empate sin goles en el Estadio Centenario, habrá una serie definitiva de penales; de la serie, prevista en diez, ya se habrán tirado nueve, ya se habrán convertido nueve. El último lo habrá de tirar un jugador llamado Vanderley. Y en el arco, Hugo Orlando Gatti, mitad reflejos, mitad intuición, se tirará luminosamente hacia su izquierda, interpondrá sus manos divinas, atajará ese penal decisivo, Boca será campeón de América por primera vez (primera de muchas), algo grandioso habrá pasado, algo imposible de olvidar.

UN HINCHA DE BOCA

Con una bandera de esos mismos colores, que es como decir que con esa misma bandera, salía M. de su casa una tarde cualquiera de otoño. No importa adónde iba ni por qué se embanderaba; lo que importa es lo que sucedió apenas cruzó la esquina. De un bar de la vuelta, uno de esos bares dedicados casi exclusivamente a los taxistas de la ciudad y al ocio, salió uno que lo había visto pasar (salió *porque* lo había visto pasar). De lejos le gritó: “¡Eh, Boca! ¡Eh, Boca!”. M. lo escuchó y se dio vuelta.

No había sido, en sentido estricto, un llamado, sino una voz de reconocimiento (la clase de reconocimiento fraternal que es propia de los iniciados en un mismo círculo, aunque este círculo, si lo fuera, cobraría un tenor ecuatorial, pues abarca la Tierra entera). M. esperó y el otro se acercó, se saludaron, se palmearon. A manera de presentación o saludo a la bandera, el otro dijo: “Soy de la Doce”. M. asintió. Y en ese momento, lo miró y consiguió atravesar las espesas capas de tiempo, las capas de desgaste del tiempo, y reconoció, en un destello feliz, con quién era que estaba hablando.

—Pero vos sos Salinas —le dijo.

Salinas, en efecto. Era el “Loco” Salinas. Carlos Horacio Salinas.

—Sí, sí —admitió Salinas.

M. se encendió de entusiasmo.

—¡Pero vos jugaste en Boca!

—Sí, sí —confirmó Salinas—. Pero ahora soy de la Doce.

M. se exaltó de admiración.

—¡Pero vos le hiciste un gol al Borussia!

Efectivamente: el tercero. El que terminó de

consumar la hazaña de salir campeón del mundo con una goleada de visitante, ni más ni menos que en Alemania.

—Un gol, sí —dijo Salinas—. Pero ahora soy de la Doce.

“Pero ahora soy de la Doce”. Decenas de miles de hinchas, decenas o centenares de miles, millones a lo largo del tiempo, hemos sido (hemos tenido que ser) escritores o colectiveros o médicos, empresarios o kiosqueros o psicoanalistas, profesores o masajistas o geógrafos, mozos de bar o de restorán o diarieros, todo por una sola y misma razón: porque no pudimos jugar en Boca. Hemos sido (hemos tenido que ser) esto o aquello, todo lo que se puede ser, por un impedimento de ser: porque no pudimos jugar en Boca. Porque hacíamos la de Dios, a lo Gatti o a lo Navarro Montoya, pero la pelota no nos quedaba en el pecho, nos pasaba y se metía; porque barríamos a lo Sa o a lo Simón, y nos quedábamos muy cortos o muy largos; porque trabábamos a lo Rattín o a lo Suñé o a lo Serna, y la pelota no nos quedaba en el pie; porque saltábamos a lo Cabañas, y no llegábamos; porque

pateábamos a lo Boyé o a lo Valentim, y el tiro nos salía desvaído, un cañonazo sin carga de pólvora; porque cubríamos la posesión de pelota, con el culo, a lo Márcico, o braceando, a lo Riquelme, o con el cuerpo entero, a lo Tévez, y nos hacían fácilmente a un lado; porque intentábamos, a lo Palermo, lo imposible, lo loco, lo insólito, pero en vez de depararnos la proeza, nos relegaba a la opaca esterilidad de los raptos insensatos; porque adoptábamos los semblantes recios de un Pernía, de un Pasucci, de un Hrabina, de un Cata Díaz, y a nadie le dábamos miedo; y así una y otra vez, infinitamente, así una y otra vez, impiadosamente, hasta comprender para siempre, no quiénes éramos, sino quiénes no éramos ni seríamos: jugadores de Boca. Hubo que buscar otras opciones para nuestras vidas, y afrontarlas con empeño.

Hinchas de Boca que no pudimos llegar a ser eso otro: jugadores de Boca.

Y resulta que aquí, en una esquina cualquiera de Buenos Aires, en un encuentro casi casual, casi espontáneo, había uno que había jugado en Boca, uno que había podido ser jugador de Boca,

y se ufanaba, tanto mejor, de ser un hincha. Uno que había, no solamente jugado, sino hecho un gol en la primera final del mundo ganada, y además un gol en una final de la Copa Libertadores (esto M. no se lo llegó a decir: un gol en el cuatro a cero al Deportivo Cali de Carlos Bilardo) y se jactaba, tanto mejor, de ser hincha de Boca.

Los hinchas de casi todos los equipos de fútbol dan muestras de pasiones vehementes, fervores y fanatismos. Pero solo a los hinchas de Boca, a los hinchas de Boca y a nadie más, nos cabe esta equiparación colosal. Así como, en la literatura, hay quienes equiparan al lector con el autor, y hasta pueden concederle un predominio, al hincha de Boca se lo puede equiparar con un jugador, y hasta se le puede conceder un predominio (porque lo es durante toda la vida, porque nunca se va ni se retira). Es de hecho la hincha de fútbol a la que se concibe como un jugador más, reconociendo su poder de incidencia desde las tribunas y, más allá de las tribunas, en la vida en general; capaz de maniatar a un arquero rival agarrotándolo en el alud apabullante de ese muro rugiente que se le viene encima; capaz

de atajar un penal desde atrás del arco, haciendo que el arco (el arco antes que el arquero) parezca moverse al ejecutor rival para hacer que su remate se desvíe; capaz de sumir a un volante rival en una depresión silenciosa y atroz, al entender, en pleno partido, lo que vale un tipo de aliento que él nunca había tenido y nunca iba a tener.

Lo que implica ser jugador de Boca, sí; pero también, y sobre todo: lo que implica ser su hinchada. Es lo que, con muy pocas palabras, y en verdad, casi con ninguna, le hizo saber el “Loco” Salinas a M., otro hincha de Boca, como él, que jugaba, aunque no en la cancha, una tarde en que salió de su casa, cuando apenas iba atravesando la esquina, en un encuentro fortuito que la bandera que llevaba propició.